

Tratamientos (literarios) de la tuberculosis en Arlt y Onetti

Marco A. Ramírez López

“Metafóricamente, una enfermedad de los pulmones es una enfermedad del alma”

Susan Sontag,
La enfermedad y sus metáforas

NO HACE FALTA DESTACAR la importancia de la tuberculosis como motivo literario; desde el siglo XIX, numerosas obras de la literatura mundial se han ocupado, de una manera u otra, de esta enfermedad.¹ Gracias al romanticismo, se “convierte la enfermedad en hermoso símbolo de prestigio y la salud en grosero emblema de banalidad. En particular, las enfermedades consuntivas se entienden como un progresivo triunfo del espíritu sobre el cuerpo”.²

La literatura del Río de la Plata no ha sido la excepción: si bien los libros de historia no registran una epidemia devastadora a principios del siglo XX, abundan las referencias a la tuberculosis en la literatura y la música popular: “En Buenos Aires, tanto la literatura, el cine y el teatro, como las revistas y diarios de circulación masiva, las publicaciones médicas y de la salud, las letras de tango, la poesía y el ensayo sociológico aludieron a la tuberculosis, la registraron como un dato de la realidad y también la usaron como un recurso metafórico o ideológico para hablar de muchas cosas”.³

En el presente trabajo se pretende determinar las características de la enfermedad en la zona del Río de la Plata, el reflejo de la misma en la literatura de la época (específicamente en “Ester Primavera” de Roberto Arlt, y “Para una tumba sin nombre” y *Los adioses* de Juan Carlos Onetti), y distinguir las semejanzas y diferencias entre los tratamientos de los autores analizados.

No resulta fácil, desde México, conocer los detalles relativos a la tuberculosis en el Río de la Plata a principios del siglo XX. Aún en Argentina, escasean los estudios sobre el tema;

tal deficiencia es expresada por Blinn Reber: “Argentine newspapers while detailing epidemics ignored chronic disease such as tuberculosis. Until 1996 little had been published on tuberculosis in Buenos Aires”;⁴ no obstante, intentaré dar una idea general de las características de la enfermedad en la zona y periodo que nos interesan a partir del artículo de Blinn Reber. Cabe señalar que la información obtenida se refiere casi exclusivamente a Buenos Aires, por lo que existe la posibilidad que las condiciones en otras partes de la zona del Río de la Plata hayan tenido rasgos distintos.

Según Blinn Reber, durante el siglo XIX, la tuberculosis fue responsable de entre el 7 y el 15% del total de muertes en Buenos Aires;⁵ y agrega que “in the twenty-five years between 1869 and 1912, tuberculosis killed more men, women and children than the combined total of all other epidemic diseases. [...] By 1902, tuberculosis was the major contagious disease in Buenos Aires and directly affected a substantial portion of the population”.⁶ La enfermedad cobraba más víctimas masculinas que femeninas;⁷ y no hacía distinciones entre naturales o inmigrantes.⁸

Por lo que se refiere a las instalaciones, dependiendo de sus capacidades económicas, los enfermos podían acudir a un hospital, internarse en un sanatorio u optar por permanecer en casa, recibiendo las atenciones de la familia (y contagiándola): “Upper and middle class patients lived and died in their own homes. Only the destitute chose treatment in the rudimentary hospitals in which the chronically ill, the contagious, and the insane intermingled”.⁹ Córdoba ganó reputación de poseer un clima que propiciaba la curación del mal;¹⁰ también se creyó que existía un menor riesgo de infección en las provincias áridas y cálidas de Jujuy, Mendoza, Salta, San Luis y Santiago de Estero.¹¹

En cuanto a los cuidados, la estrategia del gobierno hacía énfasis en el mejoramiento moral y una higiene adecuada; el tratamiento médico era de carácter experimental. En los sanatorios, se procuraba que los pacientes respiraran aire fresco, descansaran, hicieran ejercicio moderado y comieran alimentos sanos:

Doctors sought to make life in the sanatorium agreeable with a variety of distractions such as games, music performances by the patients, a library, and visits from the family, while discouraging discussions of politics and religion or noisy conversations that might disturb the patients. The rigorous schedule and the prohibition of tobacco and limitation of alcohol led some patients to abandon the sanatorium.¹²

No menos importantes eran las actitudes de la sociedad, pues la enfermedad, que en principio se creyó hereditaria, a finales del siglo XIX pasó a considerarse una afección propia de las clases bajas y trabajadoras. Las clases altas pensaban que las clases inferiores eran incapaces de prevenir la enfermedad y tal actitud se reflejó en la política gubernamental, que se propuso regular a los pobres y presionarlos a entrar en hospitales y sanatorios; se impulsaron medidas de higiene y desinfección, y de mejoramiento de los estándares morales.

A pesar de los adelantos en los tratamientos, detrás de una curación exitosa o fallida se veía una intervención divina; más allá de tal pensamiento mágico, está un hecho: “for those who contracted tuberculosis there was no sure cure, but only a hope that one might be among the fortunate who survived to live a normal life”.¹³

“ESTER PRIMAVERA”

En el cuento de Arlt, un tuberculoso (a quien sólo conocemos con el nombre de “Siete”) recluso en el Sanatorio de Tuberculosos de Santa Mónica, recuerda los detalles de su última relación amorosa; los recuerdos del pasado se mezclan con las reflexiones del presente.¹⁴

En el cuento se opone el espacio deprimente del sanatorio al de las calles de Buenos Aires; se opone también la personalidad y la salud de Siete (canallesca y enferma) con la de Ester Primavera (bondadosa y saludable). El sanatorio, a pesar de hallarse situado en las montañas (un espacio que en cualquier otra ocasión resultaría admirable), es descrito de manera por demás desfavorable: “qué bien han hecho en ponerle este nombre de mansedumbre al infierno rojo, en el que todos los semblantes los ha barnizado de amarillo la muerte, y donde entre los cuatro pabellones, dos de hombres, dos de mujeres, sumamos cerca de mil tuberculosos”.¹⁵ En opinión de Sontag, detrás de la decisión de establecer

sanatorios en lugares apartados se escondía un “repudio de la ciudad”;¹⁶ según Carbonetti:

Quien enfermaba era confundido con la enfermedad y condenado a la marginalidad, a ser desplazado del espacio perteneciente a los sanos para ser situado en las afueras (en las sierras o en el sanatorio) donde no pudiese ponerse en contacto más que con sus pares, otros enfermos de tuberculosis. En este sentido, el aislamiento jugaba una doble función: por un lado marginarlo y por otro ocultarlo.¹⁷

La enfermedad es presentada como castigo por los actos de quienes la sufren: “Y Dios que impera sobre todas nuestras almas taciturnas de pecados”.¹⁸ Si bien Siete nos informa que hay enfermos de todas las edades,¹⁹ los únicos que conocemos (aparte de él) son personajes de dudosa reputación, merecedores del castigo de la tuberculosis: “De los cinco que nos reunimos a la noche en pieza, ¿cuál es el más canalla? [...]”.²⁰ La tuberculosis, como es tradicional en la literatura y el folclor, es considerada mortal por necesidad: “todos los que nos movemos como espectros en este infierno que lleva un santo nombre, todos sabemos que estamos condenados a muerte. Hoy, mañana, el año que viene... pero un día...”.²¹ Como bien afirma Carbonetti, “la tuberculosis está impregnada de la idea de muerte. El tuberculoso pasa a ser un condenado. El problema es que esta condena no sólo lleva a la muerte sino también a la marginación social debido a la aprensión del contagio”.²²

La enfermedad rige la existencia de los enfermos; sus pensamientos, sus actividades, su perspectiva del futuro, dependen de su dolencia. En el sanatorio descrito por Arlt, se borra la distinción entre médicos y pacientes, pues los primeros también sufren del mal, tanto físico como moral (el médico que desea —así sea en son de broma— la muerte del paciente: “Y el médico se retira de la cabecera fastidiado, intrigado ante este ‘caso’ que en los ‘rayos’ es la negación de sus conocimientos. Pero antes de apartarse le dice riéndose: —¿Por qué no te morís? Haceme el gusto. ¿Qué te cuesta?”).²³ Los personajes de Arlt no han perdido del todo su espíritu, pues conservan el suficiente ánimo para participar en una tertulia en la que se matea, se fuma y se tangua. En algún momento, se sugiere la posibilidad de que la enfermedad no sólo sea consecuencia de la maldad de quien la sufre, sino causa de tal maldad: “he pensado muchas veces que en esa época se estaba ya iniciando en mí la enfermedad, y esa malignidad que revelaba en todos mis actos debía ser la consecuencia de un desequilibrio nervioso, ocasionado por las toxinas que segregaban los bacilos”.²⁴ Y más adelante: “Lo malvado, estacionado en todo hombre, al envenenarse la sangre, se enriquece de impulsos oscuros, en un como odio retenido y del cual es consciente el enfermo”.²⁵

En *Los adioses*, como en el cuento de Arlt, el narrador es (o fue) un tuberculoso: “hace quince años que vivo aquí y doce que me arreglo con tres cuartos de pulmón”.²⁶ Haber sobrevivido a una enfermedad que tradicionalmente se considera mortal por necesidad, pone al narrador en una situación privilegiada, lo convierte en una especie de oráculo que determina la curación o deceso de cada enfermo que llega: “en general, me basta verlos y no recuerdo haberme equivocado; siempre hice mis profecías antes de enterarme de la opinión de Castro o de Gunz, los médicos que viven en el pueblo, sin otro dato, sin necesitar nada más que verlos llegar al almacén con sus valijas [...]”.²⁷ El espacio en el que se desarrolla la historia es un destino turístico que, en la temporada baja, aloja a los tuberculosos en busca de mejores aires; en opinión de Sontag, “el tuberculoso [es] un rezagado, un vagabundo en busca de un sitio sano [...]”. La tuberculosis es un tipo de exilio”.²⁸

En el texto se destaca la separación entre enfermos y sanos: “Todos, los sanos y los otros, los que estaban de paso en el pueblo y los que aún podían convencerse de que estaban de paso [...]”,²⁹ así como los enfermos considerados en su conjunto grupo (“tribu” dice el narrador); no se equivoca Sontag cuando afirma que “a todos, al nacer, nos otorgan una doble ciudadanía, la del reino de los sanos y la del reino de los enfermos”.³⁰

El enfermo en *Los adioses* es un basquetbolista y su caso es particularmente dramático, porque la buena salud le es indispensable para ganarse la vida: “aquel amansado rencor [...] había nacido, no solo de la pérdida de la salud, de un

tipo de vida, de una mujer, sino, sobre todo, de la pérdida de una convicción, del derecho a un orgullo. Había vivido en su cuerpo, había sido, en cierta manera, su cuerpo”.³¹ Por un momento, parece que la presencia de la mujer amada bastará para salvar al deportista, pues a pesar de los avances científicos, se mantiene la creencia popular en el elemento afectivo como causante, agravante o sanador de la enfermedad: “Ahora es otro hombre [...]. La enfermedad no les preocupa; no pueden estar sin tocarse, se besan aunque haya gente. Si ella pudiera quedarse [...], entonces sí le apostaría cualquier cosa a que el tipo se cura”.³² Según Sontag, “se imaginaba que la tuberculosis era un afrodisíaco y que confería extraordinarios poderes de seducción. [...] Pero es típico de la tuberculosis que sus síntomas sean engañosos [...] y el incremento de la vitalidad puede ser el signo de la muerte cercana”.³³

Como en el cuento de Arlt, los sanos no son ajenos a la enfermedad, así sea en un plano ético; prueba de ello es la propagación de chismes, considerar a los enfermos desde un punto de vista materialista (*v.g.* la preocupación del enfermero por las inyecciones), la constante emisión de juicios sobre la conducta ajena, las mentiras (“Estaba desahuciado aunque, claro, nunca se lo dijeron”).³⁴ En *Los adioses*, predomina la incertidumbre, tanto en la vida como en la muerte: los detalles de los actos del basquetbolista y las mujeres nos llegan a través del filtro del narrador y son, en buena parte, meras especulaciones: “todo lo que el lector llega a saber del ex deportista y del relato en general, lo recibe por medio del almacenero —asistido por los informes del practicante y de Reina la mucama—, pero sin pasar por alto que dicha proyección se transmite y concreta, funda-



Cristo del Rayo



Cristo de la Coca

mentalmente, a través de los complejos que lo distinguen como individuo”.³⁵

La salud del deportista sufre mejoras y recaídas a lo largo del texto;³⁶ es posible comparar la descripción del tuberculoso que hace Onetti con la de Arlt y descubrir algunas semejanzas:

Exhibía los huesos velludos de las muñecas e inclinaba la cabeza para mirarlos, alternativamente, compasivo, y con cariño; aparte de esto, no era más que pómulos, la dureza de la sonrisa, el brillo de los ojos, activo e infantil. Me costaba trabajo creer que pudiera hacerse una cara con tan poca cosa: le agregué una frente ensanchada y amarilla, ojeras, líneas azules a los lados de la nariz, cejas unidas, retintas.³⁷

Casi todos tienen la piel amarilla pegada a los huesos planos del semblante, las orejas transparentes, los ojos encendidos o vítreos, las fosas nasales palpitantes en la lenta aspiración del aire glacial que viene de la montaña.³⁸

No podía faltar una referencia a la posibilidad de contagio: “No debe saber nada de lo que pasó en el chalet. [...] —No tiene importancia [...]. Si ya está enfermo. —No necesita decírmelo. No lo digo por el contagio”.³⁹

La presencia de la tuberculosis en “Para una tumba sin nombre” ocupa un lugar bastante secundario: al principio, se nos dice que la fallecida es “Rita García creo, o González, soltera, un infarto, 35 años, los pulmones rotos”;⁴⁰ al final, uno de los personajes, Tito Perotti dice: “Claro que era Rita. Ya estaba tuberculosa cuando la descubrí yo en la estación. Y no se cuidaba, prefería que comiera el chivo”.⁴¹ También se alude a una “enfermedad misteriosa” de Jorge Malabía durante su amasiato con Rita, aunque sin precisar los síntomas. Más allá de la incertidumbre provocada por la multiplicidad de historias y narradores, que pone en duda la enfermedad de la mujer (y aun su existencia misma), no deja de ser significativa la introducción de la tuberculosis, que, en este caso, ataca a una mujer bajo sospecha de dedicarse a la mendicidad y la prostitución, en condiciones de vida precarias (y con la insalubridad que supondría convivir con un chivo). Lo anterior coincide con lo dicho por Armus: “algunas [...] narrativas [...] volcaron todo el peso de la enfermedad en las mujeres, alegando su supuestamente más débil constitución física, el trabajo agotador que exacerbaba su también supuesta natural debilidad, su caída moral, o su condición urbana y marginal”.⁴²

Dice Sontag que “los románticos moralizaron la muerte de un nuevo modo: la tuberculosis disolvía el cuerpo grosero, volvía etérea la personalidad, volvía etérea la personalidad, ensanchaba la conciencia. Fantasmando acerca de la tuberculosis también era posible estetizar la muerte”.⁴³ No ocurre así en los textos analizados: tanto Arlt como Onetti se abstienen de presentar a la enfermedad bajo una

luz favorable; antes al contrario, la retratan en sus aspectos degradantes y marginales.

En Arlt, la tuberculosis es un elemento que añade realismo y actualidad a una anécdota de amor peculiar; según Carbonetti, “en Arlt [...] hay una especie de denuncia sobre las condiciones sociales que inciden en la tuberculosis y la marginalidad [...]. La enfermedad era simplemente la continuación de una marginalidad social debido a la posición en la sociedad que ostentaba quien enfermaba”.⁴⁴ Por otra parte, la tuberculosis tiene carácter punitivo por los actos despreciables de Siete; sin embargo, Arlt matiza el castigo a su personaje: en primer lugar, tenemos la larga duración de la enfermedad (“Hace setecientos días que pienso a toda hora en Ester Primavera”), que da oportunidad a que el personaje modifique sus sentimientos por la mujer y se arrepienta de sus actos (Según Sontag, “es con la tuberculosis que se articula la idea de la enfermedad individual, así como la idea de que, ante la muerte, la gente se hace más consciente [...]”; más adelante afirma que “como mínimo, la calamidad del mal abre el camino para que discernamos en qué nos hemos engañado toda la vida y cuáles han sido nuestras fallas de carácter”).⁴⁵ En segundo lugar está el hecho de que a pesar de los calificativos negativos al sanatorio, Siete nunca habla de sus propios sufrimientos físicos (sólo nos dice que su enfermedad se manifestó con un “terrible dolor pulmonar una mañana de verano”). Por último, el personaje no muere al final del cuento. Sea como fuere, es innegable que en “Ester Primavera” tenemos una descripción precisa y valiosa de las condiciones existentes en el interior de un sanatorio para tuberculosos de principios del siglo XX.

Para Onetti, la tuberculosis carece en *Los adioses* de un carácter punitivo definido; el hecho de que el almacenero haya sobrevivido a la enfermedad le da un estatus especial, pero también lo envilece, le hace creer que está en posición de predecir el destino de los enfermos y de recrear sus historias siguiendo los dictados de su imaginación perversa. Por otra parte, la enfermedad, con su capacidad de producir la muerte en cualquier instante, contribuye a la incertidumbre propia del relato, a su carácter dudoso. En “Para una tumba sin nombre”, la tuberculosis es una característica más de la marginalidad (real o ficticia) del personaje de Rita.

Sontag afirma que “la tuberculosis era una enfermedad al servicio de la visión romántica del mundo”;⁴⁶ en Arlt y Onetti, la tuberculosis está al servicio de una visión marginal y degradada del mundo. •

Notas

¹ Vid. al respecto Allan Conrad Christensen, *Nineteenth-Century Narratives of Contagion. 'Our feverish contact'*, Routledge, Oxfordshire, 2005 y Dan Latimer, “Erotic Susceptibility and Tuberculosis:

- Literary Images of a Pathology”, *Modern Language Notes* 105.5 (1990), pp. 1019-1023.
- ² Eva M^a Flores Ruiz, “Tuberculosis y escritura, las dos muertes de *El Doctor Centeno*”, *Revista de Literatura* LXVII.133 (2005), p. 54.
- ³ Diego Armus, “Milonguitas en Buenos Aires (1910-1940): tango, ascenso social y tuberculosis”, *História, Ciências, Saúde - Manguinhos* 9 (2002), p. 188.
- ⁴ Vera Blinn Reber, “Misery, Pain and Death: Tuberculosis in Nineteenth Century Buenos Aires”, *The Americas* 56.4 (2000), p. 497, n. 2.
- ⁵ *Ibid.*, p. 498.
- ⁶ *Ibid.*, p. 499.
- ⁷ Diego Armus, art. cit., p. 189.
- ⁸ Vera Blinn Reber, art. cit., pp. 516-517.
- ⁹ *Ibid.*, p. 526.
- ¹⁰ Ahí se establecieron hoteles, casas de huéspedes, hogares privados y casas pequeñas; a partir de 1900 empezó a funcionar el sanatorio privado Santa María, que contaba con un pabellón para pacientes pobres; en 1910 el gobierno asumió su control bajo el nombre de Sanatorio Nacional de Santa María; *ibid.*, p. 514.
- ¹¹ *Ibid.*, pp. 513-514.
- ¹² *Ibid.*, p. 520.
- ¹³ *Ibid.*, p. 528.
- ¹⁴ No está de más anotar que una de las hermanas de Arlt, Lila, murió de tuberculosis; Rita Gnutzmann, “Prólogo”, en Roberto Arlt, *El juguete rabioso*, 2^a ed., Cátedra, Madrid, 1992 (Letras hispánicas, 222), p. 11.
- ¹⁵ Roberto Arlt, “Ester Primavera”, en *El jorobadito*, Compañía General Fabril Editora, Buenos Aires, 1968, p. 72.
- ¹⁶ Susan Sontag, *La enfermedad y sus metáforas y El sida y sus metáforas*, trad. de Mario Muchnik, Taurus, Madrid, 1996, p. 74.
- ¹⁷ Adrián Carbonetti, “La tuberculosis en la literatura argentina: tres ejemplos a través de la novela, el cuento y la poesía”, *História, Ciências, Saúde - Manguinhos* 6.3 (1999-2000), s.p. Según este autor, la tuberculosis no solo suponía una muerte física segura, sino también una muerte social.
- ¹⁸ Roberto Arlt, *op. cit.*, p. 73.
- ¹⁹ “Más allá, en una larga fila que ocupa el patio cubierto, reposeras, y descansando en ellas, niños, hombres, adolescentes, todos envueltos en la reglamentaria manta oscura”; *ibid.*, p. 73.
- ²⁰ *Ibid.*, p. 78.
- ²¹ *Ibid.*, p. 75.
- ²² Adrián Carbonetti, art. cit., s.p.
- ²³ Roberto Arlt, *op. cit.*, p. 74.
- ²⁴ *Ibid.*, p. 81.
- ²⁵ *Loc. cit.*
- ²⁶ Juan Carlos Onetti, *Los adioses*, en *Obras completas*, pról. de Emir Rodríguez Monegal, Aguilar, México, p. 718.
- ²⁷ *Ibid.*, p. 717.
- ²⁸ Susan Sontag, *op. cit.*, pp. 38 y 40.
- ²⁹ Juan Carlos Onetti, *op. cit.*, p. 731.
- ³⁰ Susan Sontag, *op. cit.*, p. 11.
- ³¹ Juan Carlos Onetti, *op. cit.*, p. 727.
- ³² *Ibid.*, p. 728. Apostar a favor o en contra de la curación se encuentra también en “Ester Primavera”: “Hasta hacemos apuestas, sí, apuestas sobre los que están moribundos en las salas. Se juegan paquetes de cigarrillos para ver quién acierta la hora en que morirá uno que agoniza”. El narrador concluye, con sintaxis atroz, que “Y la vida y la muerte hay momentos en que nos parece que valen menos que la colilla del cigarrillo que fumamos tristemente”; Roberto Arlt, *op. cit.*, p. 84.
- ³³ Susan Sontag, *op. cit.*, p. 20.
- ³⁴ Juan Carlos Onetti, *op. cit.*, p. 770.
- ³⁵ Santiago Rojas, “Móviles de creación en *Los adioses* de Juan Carlos Onetti”, *Revista Hispanica Moderna* 48.1 (1995), p. 155.
- ³⁶ “Gunz lo encuentra peor [...]. Es decir, que no mejora. Estacionario”; “—Me voy a morir— explicó”; “Pero quién lo agarra descuidado a Gunz. Habló de curación total, como siempre [...]”; “Y Gunz me dijo que la cosa va a ser rápida, que ya ni metiéndolo en el sanatorio”; “El doctor Gunz dice que es seguro [...]. Tres meses de sanatorio, un régimen de cuartel”. Juan Carlos Onetti, *op. cit.*, pp. 729, 755, 757, 760 y 766.
- ³⁷ *Ibid.*, p. 763.
- ³⁸ Roberto Arlt, *op. cit.*, p. 73. Dice Sontag: “Se supone que la tuberculosis es una enfermedad de contrastes violentos: palidez apagada y oleadas de rubor, periodos de gran actividad alternados con otros de gran languidez. [...] La tuberculosis vuelve transparente el cuerpo”. Susan Sontag, *op. cit.*, p. 19.
- ³⁹ Juan Carlos Onetti, *op. cit.*, p. 725. también se encuentra en Arlt: “Tomamos mate de la misma bombilla, porque ya no tememos el contagio y bacilo más o menos por ‘campo’ importa poco”. Roberto Arlt, *op. cit.*, p. 78.
- ⁴⁰ Juan Carlos Onetti, “Para una tumba sin nombre”, en *Novelas cortas completas*, Monte Ávila, Caracas, 1968, p. 171.
- ⁴¹ *Ibid.*, p. 226.
- ⁴² Diego Armus, art. cit., p. 188. Más adelante agrega: “A diferencia del romance decimonónico europeo, su tuberculosis no estaba asociada a una suerte de promoción espiritual sino a la ambición, la compasión, el asco, la explotación, el castigo, la venganza, la debilidad extrema, las pasiones eróticas, la muerte o la condena individual”.
- ⁴³ Susan Sontag, *op. cit.*, p. 25.
- ⁴⁴ Adrián Carbonetti, art. cit., s.p.
- ⁴⁵ Susan Sontag, *op. cit.*, pp. 36 y 47.
- ⁴⁶ *Ibid.*, p. 70.

Bibliografía

- Arlt, Roberto, “Ester Primavera”, en *El jorobadito*, Compañía General Fabril Editora, Buenos Aires, 1968, pp. 71-89.
- Armus, Diego, “Milonguitas en Buenos Aires (1910-1940): tango, ascenso social y tuberculosis”, *História, Ciências, Saúde - Manguinhos* 9 (2002), pp. 187-207.
- Blinn Reber, Vera, “Misery, Pain and Death: Tuberculosis in Nineteenth Century Buenos Aires”, *The Americas* 56.4 (2000), pp. 497-528.
- Carbonetti, Adrián, “La tuberculosis en la literatura argentina: tres ejemplos a través de la novela, el cuento y la poesía”, *História, Ciências, Saúde - Manguinhos* 6.3 (1999-2000), pp. 479-492.
- Flores Ruiz, Eva M^a, “Tuberculosis y escritura, las dos muertes de *El Doctor Centeno*”, *Revista de Literatura* LXVII.133 (2005), pp. 49-75.
- Gnutzmann, Rita, “Prólogo”, en Roberto Arlt, *El juguete rabioso*, 2^a ed., Cátedra, Madrid, 1992 (Letras hispánicas, 222), pp. 9-72.
- Onetti, Juan Carlos, *Los adioses*, en *Obras completas*, pról. de Emir Rodríguez Monegal, Aguilar, México, pp. 713-771.
- , “Para una tumba sin nombre”, en *Novelas cortas completas*, Monte Ávila, Caracas, 1968, pp. 167-235.
- Rojas, Santiago, “Móviles de creación en *Los adioses* de Juan Carlos Onetti”, *Revista Hispanica Moderna* 48.1 (1995), pp. 147-159.
- Sontag, Susan, *La enfermedad y sus metáforas y El sida y sus metáforas*, trad. de Mario Muchnik, Taurus, Madrid, 1996.